

ANNALENA McAFEE

¡La exclusiva!



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada
¡La exclusiva!
Agradecimientos
Créditos
Notas

Para Ian

Yo canto a las noticias, a esas hojas triviales
que hábiles vendedores vocean en las calles
sea cual sea su nombre, o la hora, éstas vuelan
cautivando así al lector aún con su tinta fresca.

GEORGE CRABBE,
The Village and the Newspaper

Internet es otro de esos furores electrónicos que las fuerzas del mercado tarde o temprano colocarán en su justo contexto. Mientras tanto, sus fanáticos defensores necesitan la misma comprensión y tolerancia que en otro tiempo esperantistas y radioaficionados [...] Internet se pavoneará una hora sobre el escenario y luego ocupará su lugar entre los medios de comunicación menores.

SIMON JENKINS, *The Times*,
4 de enero de 1997

La impostura y el engaño, el chantaje [...] la intrusión descarada en el dolor de las víctimas de un crimen, el envilecimiento de la gente corriente atrapada sin darse cuenta en esa clase de juego, el acoso a los famosos, sus familiares y amigos, solamente porque eso vende periódicos [...]
Evidencia, más que de una industria artesanal, de una revolución industrial.

DAVID SHERBORNE, abogado defensor de las víctimas de espionaje telefónico en la investigación Leveson sobre las prácticas de la prensa, Tribunal Real de Justicia, Londres, 16 de noviembre de 2011

1

Londres, 17 de enero de 1997

Tenía dos horas para esconder los secretos de su vida. Cualquier indicio de vanidad, estupidez o algo peor debía ser eliminado. El desorden de la casa no era un problema; la asistenta había puesto remedio a eso por la mañana. Y aunque Honor Tait fuera un poco descuidada por naturaleza, jamás había sido una coleccionista, ni de personas ni de cosas. Los divorcios, la pérdida de un ser querido, un incendio, un carácter nada sentimental y el ritual de viajar con regularidad se habían encargado de que, para una mujer de su edad, los restos del naufragio fueran mínimos. Siempre había viajado muy ligera. En el amor, como en la vida, sólo llevaba equipaje de mano. Así que ¿qué quedaba en su piso de Londres? ¿Qué trasto inútil, qué superviviente accidental del aventar del tiempo podría traicionarla?

Casi sin aliento y presa de un pánico que no era normal en ella, miró a uno y otro lado de la habitación, a los muebles, cuadros y estantes de libros. Casi todo era de Tad, por supuesto. Había sido su apartamento de soltero antes de convertirse en el *pied-à-terre* del matrimonio. Ahora era su celda de viuda. Él se había ocupado de la casa, en cierto modo. Había comprado cuadros, enmarcado fotografías, elegido cortinas, se había encaprichado de las figuritas de Staffordshire y de la porcelana de Sèvres, había encontrado un singular deleite en la pareja de sucios sillones de orejas que había descubierto en un anticuario de Edimburgo, y se había pasado horas en silencio –como un monje medieval ante sus manuscritos– estudiando con el mayor detenimiento voluminosos muestrarios de telas. Incluso en el mejor momento de su matrimonio, los dos habían considerado Glenbuidhe, más de mil kilómetros al norte, con sus rejuvenecedoras incomodidades, el hogar de ella y Maida Vale¹ el de él. Honor, que apenas se había interesado por la decoración del piso, tampoco sintió el deseo de desmantelarlo –de cambiar el escenario, como habría dicho él– cuando Tad murió. Ahora le pedirían cuentas por el afán coleccionista y el gusto dudoso de su difunto marido.

Objetos tan familiares que Honor ni los veía, libros y cuadros acumulados al azar, regalos superfluos y baratijas, impedimenta sentimental, cuidadosamente desempolvados y ordenados por la señora

de la limpieza, podrían resultar muy reveladores. Ya se había dicho y escrito demasiado sobre Honor; se habían levantado rumores, informaciones falsas, insinuaciones y tergiversaciones, que sucesivos inquisidores habían perfeccionado y convertido en verdades lapidarias.

Todavía estaba dolida por el artículo de *Vogue* que Bobby le había convencido que aceptara. Había pasado más de un año, pero aún se ponía furiosa, y se sentía humillada por sus estupideces (¡y aquella fotografía!) cada vez que veía un número de la revista; invariablemente, en estos tiempos, en alguna consulta médica. Insultar, mostrar condescendencia y escribir tantos errores en un texto de trescientas palabras constituían todo un logro. La habían entrevistado en la radio, en *Woman's Hour* (tanto alboroto por un espacio de ocho minutos) y con Melvyn en *Start the Week*, donde Honor había intentado que se la oyera entre un siniestro científico, un clérigo que parecía convencido de seguir en el púlpito, y un novelista con teorías muy excéntricas sobre la protección de los animales.

Más recientemente, había estado en el *South Bank Show*. (Melvyn de nuevo. ¿Acaso no quedaban más presentadores serios?) Le habían asegurado que el programa se centraría sólo en su trabajo – Honor había dejado claro que no hablaría de su vida personal–, y ella había creído estúpidamente que celebraría «su lugar, como escritora, en el corazón de la historia del siglo xx». Pero ¿en qué había quedado aquello? En un cadáver viejo y marchito hablando en la penumbra de sucesos mundiales que ya no significaban nada para nadie; una temblorosa señorita Havisham recordando una boda que jamás se celebró.¹

Habían salpicado la entrevista de imágenes de archivo –en Escocia, París, España, Alemania y Los Ángeles–, con una procesión de artistas, poetas, políticos y mandamases de Hollywood, y, uno tras otro, tres maridos: una síntesis paródica de su vida en seis minutos de parpadeante película. Esforzándose por cumplir su promesa, los responsables del programa se habían abstenido de mencionar familia, maridos o amantes, pero el implacable desfile de imágenes había sido menos discreto.

Los documentalistas habían sacado a la luz una fotografía de Maxime, agitando una boquilla en el aire como la batuta de un director de orquesta, eclipsado por su propia sombra, tan extravagante como Noël Coward, aunque sin su ingenio ni su cordialidad, ni por supuesto su testosterona. Sandor Varga aparecía dos veces: elegante y saturnino, como novio de Honor, en Basilea; y, diez años después, entrado en carnes y dándose aires en Mónaco, en compañía de la

mujerzuela menuda y ordinaria por la que la había dejado. Curiosamente, el documental prestaba menos atención a Tad, su tercero y último marido, que a la sobrevalorada actriz Elizabeth Taylor –la voz en off incluía una torpe alusión a la «realeza de Hollywood»–, con la que Honor y Tad se habían fotografiado en una gala de la industria del cine. La obra de Tad estaba representada por dos secuencias de sus películas que resultaban un caramelo envenenado; fuera de contexto, el humor parecía incluso más pueril y forzado, y las veladas referencias sexuales sugerían más represión que liberación. Lo había sentido mucho por él, a salvo de todo aquello en el cementerio de St. Marylebone.

Para mostrar el respeto que inspiraba su carrera profesional aparecían unas imágenes de guerra: trepidantes fotografías en los frentes de Madrid, Polonia, Normandía, Buchenwald, Berlín e Incheon. Unas figuras borrosas atravesaban fugaces la kasba de Argel en la década de 1950 –más material almacenado–, y había una imagen de lo más sensiblera de ella acunando a un bebé asustado en un orfanato de Weimar a finales de la década de 1960.

Los estudiantes húngaros se abalanzaban sobre los tanques soviéticos en 1956 y trece años después (tres segundos en el tiempo absurdamente comprimido de la pantalla) sus compañeros checos los imitaban, mientras que, cruzando dos fronteras, los hijos privilegiados –sobre todo varones– de la burguesía, futuros abogados, académicos, políticos y expertos, jugaban a la revolución en París, dando patadas a los escaparates y lanzando ladrillos y bombas incendiarias contra los proletarios gendarmes.

Una fotografía de Honor, sucia y despeinada, en una trinchera coreana en la década de 1950, recordaba menos a una corresponsal de guerra en acción que a una debutante sorprendida con su mascarilla de belleza. La mayoría de las imágenes, sin embargo, mostraban a una joven deslumbrante y arreglada, con una lustrosa melena cayéndole artísticamente sobre los hombros y una sonrisa de diosa del Olimpo, que parecía desafiar a cualquiera a que no la encontrara hermosa, ni la deseara, ni admirase su inteligencia, ni envidiara su éxito. La yuxtaposición de aquella diosa luminiscente y danzarina con la rígida jubilada de la entrevista filmada conformaba una *vانيتas* exquisitamente cruel: una Ozymandias¹ de la edad moderna. Mirad mi obra, poderosos, y desesperad. Los amantes y amigos resucitados por un instante en la pantalla quizá fueran ya fantasmas, barro en descomposición bajo la tierra, o cenizas lanzadas al aire mucho tiempo atrás, pero el espectro más siniestro de todos era

Honor Tait, la superviviente, condenada a contemplar, horrorizada, su propia y lenta decrepitud.

La fama se había convertido en algo humillante. Le asombraba que tanta gente pareciera no tener nada mejor que hacer que sentarse boquiabierta ante los programas culturales de televisión que se emitían por las noches. En todas partes la habían reconocido: taxistas, maîtres de restaurantes, tenderos, desconocidos en la inauguración de alguna exposición, transeúntes por la calle. Un obrero con un chaleco naranja, mientras empujaba unos andamios cerca del consultorio de su médico en Wimpole Street, le había dado un golpecito con el casco diciendo: «¡No deje de emborronar cuartillas!»

Luego estaba T. P. Kettering, el profesor universitario que le había bailado el agua ofreciéndose como su «biógrafo oficial» y que, al verse rechazado, había intentado convertirse en su chivato extraoficial. Su libro, publicado por una oscura universidad con un título ridículamente presuntuoso: *Veni Vidi: Honor Tait, testigo de la historia*, era un pobre collage de recortes de prensa, neutralizado por los abogados y herido de muerte por la orden tácita de Honor de que todo aquel que deseara conservar alguna relación con ella se mantuviera al margen del futuro libro y de su autor. Martha Gellhorn, para disgusto de Honor, había dicho a Kettering unas palabras educadas y falsamente respetuosas. El libro no había tenido una buena crítica. («Hay una biografía apasionante que escribir sobre la extraordinaria Honor Tait, pero este volumen es demasiado insustancial para cumplir ese papel», escribió Bobby en el *Telegraph*.) Gracias a Dios, el libro había caído en el olvido, al igual que el propio Kettering. La alegría de Honor al enterarse de que, por culpa de su alcoholismo, se había visto rebajado a escribir la autobiografía de un futbolista había rayado en la indecencia.

No podía, sin embargo, quitar su nombre de los índices de las biografías de otras personas, o de los recortes de prensa que habían servido de fuente de información a Kettering. Tampoco podía sacar su trabajo de los archivos. Eran hasta tal punto del dominio público... A aquellas alturas, necesitaba conservar los pocos retazos de dignidad y privacidad que le quedaban.

Tenía que mirar a uno y otro lado de su apartamento como si fuera una extraña, una extraña con mala intención: una periodista. Precisamente para ella no debería ser difícil. Pero estaba vieja y desentrenada: llevaba ocho años sin publicar ningún reportaje original, y el último que había escrito, sobre la grave situación de los refugiados vietnamitas en Hong Kong, lo había rechazado el *New States-*

man hacía seis meses, con una carta increíblemente servil. El «nuevo periodismo», del que ella había sido un ejemplo en otro tiempo, se había visto sustituido por unas formas aún más novedosas, cuyos principios rectores la llenaban de desconcierto. Como la *nouvelle vague* del cine francés, o las faldas amplias con cintura de avispa del nuevo *look* de Dior, el estilo bien definido de nuevo periodismo de Honor Tait –políticamente informado, verazmente imparcial– resultaba tan anticuado como un antimacasar en nuestra irónica edad contemporánea. Sólo los maliciosos, los fanáticos de la nostalgia aficionados a la moda retro y a la estética de la baquelita, apreciaban en cierto modo su forma de enfocar las cosas.

Se quedó en el centro de la habitación: una anciana frágil e inquieta, con el pelo despeinado y una bata raída de seda y cachemira. Recientemente, había empezado a tener un tic esporádico, cierto temblor de la cabeza que parecía acentuarse cuando estaba nerviosa, como ahora, y que transmitía una aprobación entusiasta siempre que ocurría lo contrario. Agarró con la mano izquierda el respaldo de uno de los preciados sillones de orejas de Tad y, recobrando el equilibrio, se volvió lentamente, entrecerrando sus llorosos ojos azules, e intentó mirar el cuarto como si lo viera por primera vez, para leerlo como si escudriñara de manera ilícita el diario íntimo de otra persona.

Empezó por las paredes: cuadros y fotografías. ¿Cuánto tiempo llevaba sin mirarlos realmente? Esa acuarela de olas color verdín y montañas cubiertas de barro. ¿Antrim? ¿El oeste de Escocia? En cualquier caso, no el lago Buidhe. Era demasiado salvaje y abierto para esa cañada tan protegida. Otra de las compras impulsivas de Tad; impecablemente antibiográfica y escandalosamente inútil. A la joven entrevistadora de Honor no le sería fácil sacar conclusiones desdeñosas de aquella vulgar marina, a menos que fuera una entendida en arte, lo cual, dado el nivel de la mayoría de los periodistas actuales, por no decir de la mayoría de los jóvenes, era muy poco probable. Para el traficante de estereotipos precipitados el cuadro podría reflejar cierto gusto por la pintura convencional de un aficionado o la melancolía celta. Una interpretación errónea por completo, pero inocua.

El aparentemente sencillo grabado al aguatinta de Tristán e Isolda podía ser más problemático. Tad se había dado cuenta de eso. Primero había tenido ganas de destruir el dibujo, romperlo en dos con sus manazas, o al menos dejarlo donde estaba, entre un montón de papeles abandonados de Honor en Glenbuidhe. Pero el marido posesivo, irritado porque su mujer, con la que se había casado cuando

ambos eran personas maduras, hubiera estado alguna vez cerca de otra persona, acabó claudicando por su respeto típicamente americano a la fama. Al final fue Tad quien eligió el pesado marco de ébano, después de unos niveles de contemplación y diálogo que no habrían desacreditado al propio Platón, y quien colocó el cuadro sobre la repisa de la chimenea del apartamento, donde seguía colgado. El pintor había unido a los amantes en un solo trazo, y si la entrevistadora examinaba el dibujo sin ser vista –cuando, por ejemplo, Honor estuviera preparando té en la cocina–, podría descubrir la dedicatoria, escrita verticalmente con una letra clara y diminuta sobre la línea del vestido de Isolda: *Para Honor de Jean. Un beso.*

La historia de su amistad se había repetido una y otra vez en las biografías de Cocteau y en las escasas reseñas de ella. Más recientemente, Kettering había intentado resucitarla y ofrecérsela de nuevo a un público indiferente. Y el *South Bank Show* había mostrado unas imágenes entrecortadas de la fiesta celebrada tras el estreno de *Le Bel Indifférent*¹ (con Picasso, como siempre, haciendo el payaso ante las cámaras), aunque, respetando al pie de la letra lo estipulado con ella, los realizadores del programa se habían abstenido de atribuciones o comentarios, y habían empleado, en vez de una voz en off informativa, la música de la rítmica y veloz guitarra de Django Reinhardt y el quinteto del Hot Club de France. *Oh, Lady Be Good.* No era una exhortación que se oyera a menudo en el círculo de Honor en aquellos días.

El poco tiempo que había pasado con Jean se había adelantado varias décadas a su matrimonio con Tad –el último y mejor de los maridos–, pero el tiempo no había sido nunca un consuelo para él. Tampoco necesitaba ningún indicio de intimidad. Los celos de Tad –retrospectivos, presentes y futuros– habían constituido la única muestra de locura patente en su carácter. Una travesura en un universo bueno.

Pero, realmente, ¿qué interés podía tener aquella historia ajetreada de idilios y rupturas, adicción al opio y consumo desenfrenado de alcohol entre los artistas y bohemios en París –¿hacia cuanto tiempo? ¿Sesenta? ¿Sesenta y cinco años?– para los lectores de la revista dominical de un diario británico en los últimos días del milenio? Hoy el arte significaba embadurnar los lienzos con tus fluidos corporales o alardear de tu incapacidad en beneficio de los papanatas. Ahora todos eran artistas; y se dedicaban a ello como animales de granja, bebiendo como las bacantes. El opio, o su equivalente contemporáneo –¿volvía a ser la cocaína? ¿O el éxtasis?–, se servía en las cenas de los industriales, en las reuniones de las dependien-

tas y en los bares de los suburbios. Los escándalos del pasado eran una especie de nota a pie de página opcional en nuestros días. ¿Quién se acordaba en realidad de Jean? Y de los pocos y obstinados entendidos en la oscuridad que se acordaban de él, ¿a quién le importaba? Además, era un cuadro demasiado pesado para cambiarlo de sitio sin ayuda.

Enfrente del Cocteau, con un marco de roble sin barnizar, había un duro retrato al óleo de ella pintado hacía diez años, con demasiado fijador en el pelo, labios color carmín y aire glacial. El retrato no le hacía justicia y resultaba incluso amenazante, pero había algo en él, su candor quizá, o la eterna impasibilidad de un icono ruso – la tentación de Santa Honor enfrentándose a inúmeros demonios invisibles–, que atraía a Tad, a pesar de su antipatía natural por el artista. Lo había pintado Daniel en su primer y, como se vio, último trimestre en la Slade.¹ Su último año. Honor descolgó el cuadro de la pared, maldiciendo el esfuerzo que este simple hecho requería de ella. Pero, al apoyarlo en el rodapié, contempló consternada cómo la pintura había dejado un rectángulo fantasmal en el empapelado, como el patético retazo del Museo de Boston que esperaba el regreso del Vermeer robado. La ausencia del retrato induciría a más especulaciones que su presencia. Mejor dejarlo. Pasó verdaderos apuros para volver a colgarlo en la escarpia. Los latidos de su corazón se aceleraron de un modo inquietante, acompañados de un pinchazo de dolor. Se sentó para recuperar el aliento.

A pesar de la negativa inicial de Honor, su editora la había convencido para que se dejara entrevistar en casa. Con toda su afectación maternal, Ruth Lavenham, fundadora y editora jefe de Uncumber Press, era una mujer inflexible. La intrusión sería buena para las ventas del último libro de Honor, había dicho Ruth. Y buena también, se sobrentendía con aquella amenaza disfrazada de sonrisa, para Uncumber Press, un valeroso David para el colectivo de Goliats del mundo editorial. Honor se lo debía. Era Ruth quien la había salvado de la insolvencia dos años antes, justo tras la muerte de Tad, con una nueva edición muy cuidada de la primera recopilación de artículos de Honor, *La verdad, una máquina de escribir y un cepillo de dientes*, publicada originariamente por Faber en la década de 1950 y agotada hacía mucho tiempo. El libro, en su segunda encarnación, incluía el relato de la liberación de Buchenwald que le había reportado el Premio Pulitzer y se convirtió en un sorprendente *succès d'estime*. Honor Tait fue «redescubierta» y, lo que es más grato, pudo saldar alguna de sus deudas más apremiantes. Tenía la espe-

ranza de que su nuevo libro, *Crónicas desde la oscuridad: las obras completas de Honor Tait*, repitiera la jugada. Y el próximo año, si todo iba bien, saldría un tercer libro con el título, sugerido por Ruth y al que Honor era reacia, de *La mirada inmutable*.

—Oh, vamos —dijo Ruth cuando hablaron de promocionar las *Crónicas*—, una entrevista sin moverte de casa con la revista más respetada del país, ¿qué tiene eso de malo? Y en términos publicitarios es infinitamente mejor que un anuncio a doble página.

Y más barato también. Así que Honor había capitulado. Pero sabía que era un error. En las pocas ocasiones en que había aceptado ser entrevistada, jamás había permitido que un periodista entrara en su casa. Incluso el más complaciente consideraría el piso y su contenido como la ventanilla de su psique, sin cortinas e iluminada en la oscuridad. La conversación con Melvyn en el *South Bank Show* se había filmado en la Biblioteca de Londres, donde ella había aceptado —en un momento de insensato narcisismo justamente recompensado por la propia fotografía (una grotesca careta de Halloween en la sala de lectura del infierno)posar para *Vogue*.

Los hoteles, impersonal tierra de nadie, desprovistos de signos y recuerdos, eran mejores para esos encuentros. Ni el periodista más enérgicamente malévolo podía culpar al entrevistado de la anodina decoración interior, las manchas del sofá o el olor a moho que impregnaba la habitación. Aunque incluso entonces, en una suite empresarial de cuero beige y cromado, donde los únicos libros autóctonos eran la Biblia de Gedeón y las Páginas Amarillas, podían sorprenderle a uno, como al pobre John Updike. Le había escrito una nota de apoyo después de que la entrevistadora de un periódico descubriera unos calzoncillos blancos usados bajo una silla del cuarto de su hotel y los utilizara en su artículo como una metáfora de lo que consideraba la despreocupada actitud masculina hacia el sexo reflejada en la ficción de Updike. Era el puritanismo lo que Honor había aborrecido. Allí en su apartamento, al menos, gracias a la asistente, no habría ropa interior visible.

Era una vieja técnica: reparar en algún objeto aparentemente insignificante y elaborar con él un historial psicológico de tres al cuarto. ¿Cómo se podía si no resumir una vida con lo declarado en una hora de conversación y un poco de trabajo previo en el archivo de recortes de prensa? La propia Honor había recurrido a esa práctica en más de una ocasión, sobre todo cuando el entrevistado era poco comunicativo. Cualquier baratija cuenta una historia. Incluso en el más nuevo del Nuevo Periodismo, hay cosas que nunca cambian. Recordó su emoción depredadora al descubrir el *netsuke*¹ de una

mula en el escritorio de MacArthur en Tokio; el cartel de una obra burlesca de Max Miller en la guarida de Beckett en Montparnasse; el ejemplar de los sonetos de Shakespeare en la mesilla de noche de la señora de Chiang Kai-shek en un hospital, y la fotografía firmada de Ida Lupino en el austero despacho del general De Gaulle durante la guerra en Carlton Gardens.

¿Podrían sus propias fotografías, aún en la estantería y en las paredes donde Tad las había colocado, resistir semejante escrutinio? Una foto en blanco y negro la mostraba como una joven corresponsal de guerra, ágil como una leona y elegante con su ropa de faena entre unos sonrientes muchachos condenados a morir antes de Normandía. A su lado estaba la imagen icónica, para la revista *Collier's*, sentada con Franco recién nombrado comandante militar de las Islas Canarias. De la cintura para arriba su aire era remilgadamente profesional, con la libreta y la pluma en alto en una postura de atención exagerada, como una taquígrafa de la década de 1930. «Copie esta carta, señorita Tait.» De la cintura para abajo, era una auténtica chica de revista. Sus piernas largas y bronceadas, con unos shorts ajustados y unas sandalias de tacón alto, parecían un préstamo temporal de las Ziegfeld Follies. La imagen se había publicado en todo el mundo. «La Dietrich de la sala de redacción», la habían llamado. Todo del dominio público. Todo parte del mito. Ya no se podía hacer nada al respecto.

La foto de unos aviesos *paparazzi* de la cena íntima a la luz de las velas —a fin de recaudar fondos para el Partido Progresista— podría ser más controvertida. Desde luego, en su época lo había sido la versión sin expurgar, con Sinatra al lado susurrándole al oído. Estaba casado pero salía abiertamente con Ava Gardner cuando hicieron la fotografía, y las páginas de *Sociedad* habían estado exultantes, aunque con el tono lisonjero de aquellos tiempos más inocentes en que los mortales contemplaban con envidia las diversiones de los dioses. Ahora los mortales tenían la supremacía y a los dioses, en la picota, les lanzaban verduras podridas. Sacó la fotografía de la escarpia y la sostuvo entre las manos, admirando —sí, ¿por qué negarlo?— el modo en que la luz caía sobre sus hombros e iluminaba las gardenias que llevaba prendidas en el vestido. Las flores eran tan suaves y sencillas como su rostro joven e inocente, sorprendido aparentemente en un estado de derretimiento precoital. Hasta qué punto miente la cámara, y a veces en beneficio nuestro. Ella era entonces una matrona para los estándares de la época; había cumplido treinta años y dejado atrás una guerra, un matrimonio desgraciado y varias relaciones amorosas poco afortunadas. Otras dos guerras —tres

si se contaba la de Argelia— esperaban a la vuelta de la esquina. No estaba de humor para una velada así —su vieja amiga Lois, que trabajaba entonces para la campaña de Henry Wallace, la había obligado a ir— y Honor se había indignado al ver que, al planear la disposición de los invitados, no la habían sentado con Alvin Tilley, un dramaturgo progresista que formaba parte de los once de Hollywood,¹ sino con el cantante melódico kitsch Frank Sinatra. Era evidente que también Sinatra tenía otros planes para la noche, aunque había sido muy educado. La proposición susurrada al oído de ella, y registrada por la cámara, era en realidad una conversación sobre el Comité de Ayuda a los Refugiados Antifascistas.

Dos décadas más tarde Tad, en otro ataque de celos, había cortado la imagen por la mitad, eliminando al cantante con la sonrisa de ángel caído, así como a los fotógrafos y admiradores que había a su alrededor. La toma original y sin editar seguía en circulación, propiedad de una de las grandes agencias, y se había utilizado en un documental reciente. La posteridad, ferozmente caprichosa, había mantenido vivo el don de los 40 vatios de Sinatra² en la imaginación del público, mientras innumerables talentos más brillantes se habían extinguido. Es posible que la entrevistadora de Honor, con el cursi nombre de Tamara Sim, se diera cuenta de que la foto que tenía en las manos estaba cortada y concluyera que Honor, tal vez una amante frustrada, le había dado el tijeretazo personalmente. ¿Podría hacer que la joven siguiera un rastro falso? Honor no tenía ganas de fomentar la menor lascivia en el suplemento dominical de *The Monitor*.

A punto de cambiar de milenio, y a pesar de las caóticas vidas privadas de los periodistas, de los problemas con el alcohol y del consumo de drogas, a pesar de la aceptación generalizada de las prácticas sexuales más arcanas, los periódicos afrontaban cualquier historia de la más leve falta conyugal como solteronas eduardianas ante su primer exhibicionista. Honor sólo estaba permitiendo que ese periódico invadiera hasta cierto punto su privacidad, y con un único propósito: vender el maldito libro. O, para ser más exactos, para ganar dinero y pagar algunas facturas. Mejor no correr peligro. Quitaría la fotografía. La descolgó jadeando de nuevo, y volvió a la silla. Tenía que sentarse.

* * *

A once kilómetros de distancia, en una callejuela de casas adosadas de Hornsey, Tamara Sim, sentada en la penumbra perpetua de